

LA FILOSOFIA
DE LA
EDAD ANTIGUA

La Filosofía de la Edad Antigua

§ 1—El origen de la filosofía griega

Al concepto de civilización y ciencia griega, acostumbramos unir el recuerdo del suelo del Atica, consagrado a todas las musas. Sin embargo, en el tiempo en que despertó el interés científico entre los griegos, esto es, el interés por el saber por sí mismo, (hacia el año 600 a. de J. C.) eran sin duda alguna las colonias, tanto en cultura material como espiritual, muy superiores a la metrópoli. La cuna de la Filosofía que como hemos visto antes es idéntica con la ciencia, no fue la antigua tierra helénica sino el Asia Menor, la Italia meridional y la Tracia. De las tres regiones coloniales nombradas estaba la costa oeste del Asia Menor y en ésta a su vez la parte media habitada por activo pueblo jónico, con mucho, más avanzada en su desarrollo cultural. Existía allí un amplio espíritu comercial, que con una perfecta capacidad de empresa, desbordó el estrecho círculo de la pequeña ciudad y se dirigió al extranjero cubriendo todas las costas del Egeo con nuevas factorías comerciales, cuando ya aquel mar había llegado a ser, desde hacía largo tiempo, un mar interior griego. En las ciudades de Jonia se acumulaban los productos de tres continentes; con el creciente bienestar disminuyó la antigua rudeza de costumbres que todavía duraba en la metrópoli. Aunque esto tuvo por consecuencia muchos perjuicios morales, fué sin embargo condición apropiada para fomentar, mediante los intereses artísticos y científicos, un desarrollo más elevado a la vida.

No es nada fortuito que con el bienestar de la existencia y con una riqueza que en parte alcanzó la pompa y el lujo oriental hallase el arte griego aquí su lugar de origen y su primera patria. Hacia el año 590, se comenzó la construcción del grandioso templo de Artemisa en Efeso y en las comarcas donde habían nacido y resonado por primera vez los cantos de Homero, en las ciudades de las islas y de las costas griegas del Asia Menor, tuvo entonces la lírica individual, sus primeros representantes: Calinos de Efeso, Arquiloco de Parcos, Mimnetmos de Colofón, Safo y Anacreonte. Tan

solo nos interesa aquí el género gnómico de esta poesía: la sabiduría que se expresa en sentencias. En estas sentencias morales o poesías cortas en metro elegíaco, se revela por primera vez no sólo el sentimiento individual sino también la reflexión ética. Como maestros de los poetas gnómicos se consideran por la tradición los «siete sabios» de los cuales cuatro solo son, sin embargo, universalmente mencionados (Tales, Bias, Pittacos, Solón); únicamente de Solón se conservan varios fragmentos. El interés teórico por el conocimiento se expresa en el conocido «conócete a ti mismo»; el contenido más importante de su ética se encuentra en la exigencia, genuinamente griega, de la medida («De nada demasiado»).

También en lo concerniente a la política y a la vida social, experimentaron las antiguas condiciones un cambio radical. Las viejas familias nobles aparecen suplantadas por la democracia o la tiranía habiendo llegado también aquí el individuo a un desarrollo más libre. En las poesías gnómicas citadas anteriormente, tienen un papel importante las luchas de los partidos políticos. Los primeros filósofos que se conocen, han sido también en parte los legisladores de sus ciudades.

Además, había llegado a ser posible en las colonias desde tiempo remoto, el contacto con la ciencia positiva, preciso para el comienzo de la Filosofía griega. Estas colonias, mediante sus relaciones comerciales con los antiguos pueblos de Oriente, habían llegado ya, hacia el año 600 a. de J. C. a la posesión de un rico tesoro de conocimientos. Podemos aceptar como seguro que en Astronomía, Aritmética y Geometría debieron los griegos mucho a los caldeos, fenicios y egipcios. Sus conocimientos geográficos habían logrado una perfección considerable, a consecuencia de sus grandes viajes por mar y tierra y en la literatura histórica, comenzó, en lugar de las fábulas de los tiempos anteriores, la labor seria de los «logógrafos». De qué modo introdujeron del Oriente los conocimientos de las ciencias particulares, es una cuestión que interesa poco al historiador de la Filosofía. Es al contrario, importante establecer que los primeros filósofos, como veremos, fueron al mismo tiempo científicos.

Finalmente, hay que tener en cuenta, para comprender la posición del problema filosófico en la filosofía griega, así como el objeto de su investigación, un cambio de las concepciones religiosas que se realizó por este tiempo y que ya se halla latente en la «Teogonía» del antiguo poeta didáctico beocio, Hesiodo. Comienza pues a surgir de la Teogonía, del mito, una Cosmogonía, aunque en verdad todavía mítica. En lugar del mundo risueño de los dioses olímpicos, se ocupan los llamados «Orficos», — cuyo antepasa-

do común se dice fué el cantor legendario tracio Orfeo y cuya tendencia religiosa se caracteriza por una mezcla de mística y éxtasis— de la derivación de todo lo existente de un principio único al que consideran como algo sin desarrollar aun, la noche, el caos, el cielo o el océano, mientras que una corriente más moderna de la que se supone iniciador a Ferecides de Siros (hacia el 550), uno de los pro-sistas griegos, coloca en el principio del mundo a Zeus, el ordenador y a la vez, con él, a la tierra y al tiempo.

Con esta corriente cosmogónica de los antiguos «Teólogos» (así los llama Aristóteles) griegos, tiene de común el objeto de su investigación, la ciencia que entonces comienza. También esta se pregunta por el nacimiento, por el comienzo de lo que existe. Pero ya no se lo pregunta y responde en la forma del mito, sino en la del pensar conceptual. No investiga pues el comienzo temporal y el ser divino como sus fundamentos, sino la materia permanente a través de todo cambio de las cosas. La primera Filosofía de los griegos es una Física o Filosofía de la Naturaleza (1); su primer concepto, la ἀρχή o el principio primero es en el fondo un concepto químico: la primera materia.

(1) Al menos según la concepción que de ello se tiene hoy y que ya nos fué transmitida por la antigüedad. Puesto que nos han sido conservados solo pocos restos de sus escritos, es también posible que se hayan ocupado estos presocráticos, como por ejemplo piensa *Eleuthoropoulos*, de la conducta en la vida y de la política. De *Heracito* (5), *Empedocles* (7), y aun *Pitágoras* (7), es esto cierto

Primer período

Filosofía presocrática

Además de las obras citadas del período correspondiente en la p. 16-Byk, Die vorsokratische Philosophie der Griechen (La filosofía presocrática de los griegos Leipzig 1875) K. Goebel, Die vorsokratische Philosophie (La Filosofía presocrática) Bon 1910 Joel, Der Ursprung der Natur Philosophie aus dem Geiste der Mystik (El origen de la filosofía de la naturaleza en la Mística, Jena 1906 J. Burnet, Early greek philosophy. Londres 1892. (1).

CAPITULO PRIMERO

Comienzos de la reflexión acerca del Cosmos

§ 2. La física o filosofía de la naturaleza de Mileto. La materia originaria

Literatura especial H. Ritter. Geschichte der ionischen Philosophie (Historia de la Filosofía jónica). Berlin 1821 R. Seydel, Der Fortschritt der Metaphysik innerhalb der Schule des ionischen Hylozoismus (El desarrollo de la Metafísica en la Escuela del Hilozoismo jónico) Leipzig 1860. P. Tannery, Pour l'histoire de la science hellene. De Thales a Empedocle Paris 1887. Wolfj Schultzi Altionische Mystik (Misticismo antiguo jónico) Viena 1907.

La más antigua y poderosa de las ciudades jónicas, Mileto, que a causa de su favorable situación geográfica había logrado una gran prosperidad, era la metrópoli de unas 80 colonias. Floreció en ella, además del comercio marítimo y la industria impulsada por ellos, la investigación científica, hasta que la toma y destrucción de la

(1) Traducción francesa.

ciudad por los persas, puso fin a la vida de este pequeño estado. De los primeros filósofos de la naturaleza, sólo ha conservado la tradición tres nombres: Tales, Anaximandro y Anaximenes.

1. TALES

Aun en parte envuelta en la oscuridad de la leyenda, se no presenta la figura del «fundador» de la Filosofía, como lo llama Aristóteles. Sólo nos ha sido transmitido poco e inseguro acerca de la vida y doctrina de este hombre extraordinario. Contemporáneo de Creso y Solón, vivió entre los años de 624 y 545. Descendiente de una distinguida familia de Mileto, cuyo origen remontaba a Cadmo, se hizo deudor de la estimación de su ciudad por los servicios que le había prestado en la política. Los antiguos ponderan sus conocimientos de Geometría, Astronomía y Ciencias de la Naturaleza, que adquirió o aumentó en sus viajes comerciales a Fenicia y a Egipto. Se dice que proporcionó a los sacerdotes egipcios un medio para la medida de sus pirámides, que construyó una medida para la distancia, averiguó que el cielo era una esfera hueca, y ante todo, que predijo el eclipse de sol del año 585; entendía verosilmente también de la construcción de navíos (Diels). Sea lo que quiera, es cierto que se nos presenta en él claramente, la relación de la Filosofía con la ciencia positiva.

Lo que hace de Tales el primer filósofo es el carácter, no ya mitológico, sino científico de su explicación del origen y ser del mundo. Aristóteles (Metafísica 13) le designa expresamente como fundador de la filosofía que consideraba tan solo la materia como fundamento o principio (ἀρχή) único de las cosas. Esta materia primitiva supuso Tales que era el agua, ya sea impulsado por la antigua teogonía con su padre Okeanos o porque, lo que es más probable, era el agua el elemento de la vida de su patria; no sabemos más de su fundamentación. Aristóteles mismo no da más que conjeturas acerca de ello, pues en su tiempo ya no existía, ni quizá haya existido nunca, escrito alguno de Tales. Aristóteles supone que llegó a su teoría porque el alimento y los gérmenes de los animales y las plantas son húmedos y porque se desarrolla el calor de la vida, de lo húmedo; a lo que podemos añadir nosotros la infinita inestabilidad del elemento líquido.

Aunque Tales afirmaba que el mundo está «lleno de dioses» no quiso indicar con esta expresión tomada del politeísmo de su pueblo, ninguna causa divina existente fuera de la materia y que la moviese, sino tan sólo la animación o la propiedad de ser dotada de espíritu de esta misma, como se revela por ejemplo en el

imán cuando atrae al hierro. La fuerza existe en la materia.

Este hilozoísmo (animación de la materia) o hilopsiquismo (espiritualidad de la materia), como se le ha llamado modernamente, parece, es cierto muy primitivo, pero sin embargo representa con respecto a la concepción meramente mitológica de la naturaleza, un progreso fundamental. Realizó un avance ulterior su compatriota Anaximandro.

2. ANAXIMANDRO

Schleiermacher, Uber Anaximandros (Sobre Anaximandro) Berlin 1815 (S.W. III 2, 171-296) Neuhauser, Anaximander Milesius (Anaximandro de Mileto). Bonnae 1883. P. Natorp, Uber das Prinzip und die Kosmologie Anaximanders (Sobre el principio y la cosmología de Anaximandro) Philos Monath XX, 367-398. Diels, Anaximanders Kosmos Archiv A. Gesch der Philos 1897 p. 278.

También este hombre extraordinario creció acariciado por los libres aires marinos de Mileto.

Algo más moderno que Tales (610-547), se distinguió como éste por sus conocimientos en matemáticas y astronomía y además por su saber geográfico. Fué el primero que construyó un mapa de la tierra; se dice que también hizo una esfera celeste metálica y que introdujo el uso del reloj de sol en Grecia. Dirigió el establecimiento de la colonia Apolonia en el Ponto, de modo que es comprensible que hayan dedicado los milesios a su compatriota una columna de honor, cuyos restos se hallan hoy en el museo etnográfico de Berlín. Por desgracia se han conservado de sus escritos—al que se dió el nombre posteriormente, como a toda las obras de los primeros físicos. «De la naturaleza» (περι φύσεως) — solo pocas líneas y no ha llegado a nosotros ningún párrafo suyo entero.

Sin embargo podemos, con las noticias transmitidas acerca de la concepción del mundo de Anaximandro, hacernos una idea bastante clara de ella. El progreso importante con respecto a Tales consiste en que considera como αρχή o principio, no un elemento sensible determinado sino una materia solo pensada e indeterminada. El fundamento de todas las cosas es según él, el ἀείρον, esto es, el infinito (o indeterminado?) que se considera además como eterno inmutable e inagotable. Es una cuestión aun hoy día discutida si se debe considerar este apeiron como una mezcla de diferentes elementos conocidos o, lo que nos parece más inverosímil, como algo cualitativamente indeterminado. De esta materia primitiva e indeterminada nace, según Anaximandro, primeramente

por separación, lo frío y lo cálido; de ellos se forma lo fluido, del último por desecación la tierra, además el aire y una esfera de fuego que rodea a ambos como la corteza al árbol. De esta, por formación de grietas y anillos, se separaron el sol, la luna y las estrellas, que giran en distancias simétricas. Su teoría es precursora de la pitagórica acerca de la armonía de las esferas (§ 3) y en ella tiene un papel misterioso el antiquísimo y santo número tres. Del barro primitivo de la tierra que es de forma cilíndrica y está alejado por igual de cada punto de aquel mar de fuego, piensa este filósofo que nacieron, si damos crédito al testimonio posterior de Plutarco, los primeros seres vivos y que se desarrollaron sucesivamente en una serie gradual. Primero aparecieron los peces, después, con la creciente desecación de la tierra, de aquéllos, los animales terrestres; el desarrollo del hombre fué el más largo. Con cada uno de los estadios de la evolución de los seres vivos, suponía enlazado, un cambio del modo de vivir; como se ve, es esto una anticipación muy interesante, aunque un poco burda, de la teoría moderna de la evolución.

¿Y el gobernar del mundo? Sobre esto nos ilustra el único fragmento original conservado de Anaximandro. «Las cosas deben volver, según el destino, a la substancia de donde han salido; pues deben cumplir una condena y una expiación por sus culpas (las de su existencia) según el orden del tiempo». Se nos presenta aquí una sombría concepción del mundo con un carácter religioso que nos recuerda los sistemas orientales primitivos. En perpetuo cambio se suceden una serie infinita de mundos que nacen para desaparecer después y de los que el nuestro es solo un pasajero caso especial.

Así, ofrece Anaximandro el primer ensayo que nos ha sido conservado con relativa fijeza, de una explicación del mundo meramente naturalista, derivada de un principio mecánico, pues, aunque dice hablando del infinito que lo «comprende» y lo «gobierna», todo y por esto lo llama «divino» no tenemos ningún motivo, dado lo transmitido acerca de él por otros lados, para concluir que admita el supuesto de un espíritu divino diferente de la materia del mundo. Esto quedaba reservado para un periodo posterior de la Filosofía griega.

3. ANAXIMENES

También era oriundo de Mileto y es quizá una generación más moderna que sus dos predecesores; vivió entre el año 588 y 524 antes de J. C. Que Anaximenes suponga como materia primitiva un elemento determinado, el aire, significa en cierto respecto, un retro-

ceso con relación a Anaximandro. Sin embargo tuvo en cuenta al elegir este elemento para principio supremo, las propiedades más esenciales del *apeiron* de Anaximandro: su ilimitabilidad y movilidad. Quizá condujo a Anaximenes la observación de la respiración como origen de la vida, a la adopción de este principio. Al menos permite suponerlo la única frase de sus escritos seguramente conservada. «Como nuestra alma» — considerada aquí, naturalmente, en su significación originaria ($\psi\upsilon\chi\eta$) como un principio anicador de la vida — «es aire y por esto nos mantiene como un todo, así el hálito móvil y el aire comprende en sí al mundo entero». Que debemos considerar realmente su materia originaria aunque animada (compárese con Tales) solo como material, resulta del proceso ulterior evolutivo que supone realizó este filósofo. Por enraecimiento sale de ella el fuego, por condensación o contracción el viento, las nubes el agua y la tierra. También muestran grandes progresos sus ideas acerca de la Astronomía. Conoció la iluminación de la luna por el sol y distinguió los planetas de las estrellas fijas. Con Anaximandro admite un eterno cambio de nacimientos de mundos y de destrucción de éstos.

4 Como últimos representantes de la física de Mileto, de los «fisiólogos jónicos» deben ser considerados los dos pensadores, que vivieron en el S. V. Hippon e Iddeo (de Himera). El primero consideraba, como Tales, lo húmedo materia originaria de todo lo existente, mientras que Ideo, casi desconocido para nosotros, parece haberse inspirado en Anaximenes. Sobre Diógenes de Apolonia, influido también por los físicos de Mileto véase el final del párrafo 8. La evolución ulterior de la Filosofía griega debió proseguirse en otro lugar y en otra dirección.

§ 3. La teoría pitagórica de los números

La monografía más detallada: Chaignet, Pythagore et la philosophie Pythagoricienne 2 t. Paris 1873. Una exposición popular y breve: «Pythagoras und Pythagorassage» (Pitágoras y la leyenda de Pitágoras) por. Zeller, Vortragu. Abhandl.—1,30-50. Véase también Hankel Zur Geschichte der Mathematik im Altertum und Mittelalter. (Para la Historia de la Matemática en la antigüedad y la Edad Media) Leipzig 1874.

Mientras los jónicos del Asia Menor, en la segunda mitad del siglo VI antes de J. C. tenían que luchar por su independencia con los persas, se hallaban aun en el auge de su potencia y cultura, las

colonias griegas del occidente, situadas, cual floreciente corona, en las costas de la Italia meridional y Sicilia. Nació allí una «Magna Grecia», en el verdadero sentido de la palabra, con una existencia más rica que la de la metrópoli; igualmente tenía lugar en estos países una mezcla abigarrada de los diferentes pueblos griegos, aunque con el predominio de los dorios. A una de estas ciudades dorias emigró entre el 540 y el 530 antes de J. C. el samiota Pitágoras.

1. Pitágoras y sus discípulos

Sobre Pitágoras y su escuela no nos faltan noticias, pero es de tal modo difícil saber que es lo cierto en las mismas a causa de desfiguraciones y fábulas posteriores, que casi es imposible hallar la verdad, tanto más, cuanto que no existe ni una sola línea de su propia mano. Para los neopitagóricos del siglo III y IV d. J. C. llega a ser el religioso sabio, finalmente, un hijo de Apolo, un taumaturgo omnipotente, un vidente omnisciente. Las leyendas contadas acerca de él recuerdan mucho a las de los santos de la Edad Media. Como históricamente seguro se puede considerar quizá lo que sigue.

Nacido hacia el 580 en la isla de Samos que poseía ya una elevada cultura, especialmente en la técnica (templo de Hera y Túneles), emigró Pitágoras, después de haber adquirido por sus estudios y por sus viajes un abundante conocimiento científico (su enemigo Heráclito le acusa de ocuparse demasiado de todo) y aun en pleno vigor de su vida, quizá por escapar de la tiranía de Polícrates, a Crotona ciudad del mediodía de Italia y fundó allí una hermandad u orden que tomó la forma de los «Misterios» de aquella época. Trató de introducir en las clases altas de la ciudad, mezclándolo con teorías científicas, el movimiento religioso que por este tiempo agitaba todo el mundo griego y que perseguía un renacimiento de la religión popular. Los iniciados se obligaban a llevar en común una vida virtuosa, correspondiendo a ciertas exigencias ético-religiosas. Evidentemente, en armonía con el carácter del pueblo dorio, se consideraban virtudes capitales de la «vida pitagórica» la moderación, sencillez, fortaleza, salud del cuerpo y del espíritu, absoluta fidelidad a los dioses, padres, amigos y ley, así como el dominio riguroso de sí mismo y el examen cotidiano de conciencia: ¿Qué he hecho? ¿En qué he faltado? Respecto a la ciencia teórica, estaba prescrito principalmente el estudio de la música y de las matemáticas. Quizá fué el descubrimiento de los intervalos en las cuerdas tensas, que se atribuye a Pitágoras, la primera ocasión para la especulación matemática que después rompió todo los límites de la prudencia. El

dogma religioso capital era la doctrina de la transmigración de las almas y de la recompensa después de la muerte. La liga de los pitagóricos — el estrecho lazo de amistad que entre ellos existía es conocido — alcanzó pronto importancia política en toda Italia meridional y fué el núcleo inicial del partido aristocrático, que se opuso a las aspiraciones populares con una tenaz rudeza. Así se llegó a conflictos con los que no pertenecían a la liga, en particular con el partido popular. Luchas de partido de esta clase, obligaron al anciano Pitágoras, ya en edad avanzada, a emigrar a la vecina Metaponto, donde se dice que murió hacia el año 500 a. de J. C. Todavía conservaron los pitagóricos hasta más tarde un influjo importante en la Magna Grecia, hasta que hacia el 440 el incendiar el pueblo la casa de la comunidad en Crotona dió la señal para una persecución general de ellos, a consecuencia de la cual muchos perecieron y otros huyeron a Grecia, donde propagaron de un modo meramente teórico, las doctrinas del maestro. De estos pitagóricos, más modernos y más independientes, que no se atendían tan rigurosamente a la palabra del maestro (*αὐτὸς ἔφα*) (1), parece ser el de mayor valer Filolao que se estableció con Lisis, en Tebas y que como Arquímedes, enlazó teoría y práctica. Sus discípulos fueron Simmias y Cebes mencionados en el Fedón de Platón; Lisis fué el maestro de Epaminondas. En tiempo de Platón, nuevamente un pitagórico (Arquitas), surge a la cabeza de la poderosa ciudad de Tarento. Poco después de éste, parece haber muerto la Filosofía pitagórica para renacer con una nueva forma pasados cinco siglos (véase más adelante § 47).

2. La filosofía pitagórica

Lo poco que sabemos con seguridad de la filosofía pitagórica, no ha llegado a nuestro conocimiento como la filosofía del maestro mismo, sino por fragmentos del ya citado Filolao (editadas por *Boeck*, Berlín 1819; una parte de los mismos es apócrifa). Algunos autores (*Brandis*, *Windelband*) han distinguido por esta razón a Pitágoras de los pitagóricos y tratado de los últimos en un lugar posterior inmediatamente antes de los sofistas; se basan para hacer esto en Aristóteles (*Metafísica* 1,5), que en realidad solo habla de los «llamados pitagóricos». Sin embargo, ya que sobre la diferencia de Pitágoras y pitagóricos no puede decirse nada seguro, hallamos de la filosofía que lleva el nombre de Pitágoras en este lugar, puesto

(1) «El dijo».

que ninguna de las teorías de ella puede suponerse con plena seguridad que fuera trazada y sustentada por él.

a) Principio. El ἀρχή, el principio, de los pitagóricos es el número y por consiguiente, no ya una materia sensible, sino algo inteligible. Como punto de partida de su especulación de los números podemos suponer con Aristóteles, su estudio profundo e intenso de las matemáticas «Se ocuparon primeramente de las matemáticas, las hicieron progresar, y, educados en ellas, consideraban los principios matemáticos (ἀρχαίς) como los principios de todo ser. Viendo en los números las propiedades y los fundamentos de la armonía, y puesto que les pareció que todas las otras cosas eran según su naturaleza, copiadas de los números, y siendo los números lo primero en toda la naturaleza, consideraron los elementos de los números los elementos de las cosas y el universo entero como armonía y número» (Aristóteles: Met. 1.5). En el estudio de las matemáticas, ante todo de la parte aritmética de las mismas, se dieron cuenta de la absoluta certidumbre que es propia a esta ciencia. «Nada falso admite en sí la naturaleza del número que posee la armonía» dice Filolao pues «lo falso es el enemigo inconciliable de su naturaleza, la verdad en cambio propia e inherente al género del número. Sin él no se puede comprender ni conocer cosa alguna». Una confirmación brillante de estas leyes matemáticas halláronla en sus estudios matemáticos y astronómicos. Y de este modo llegaron a creer que en los números estaban contenidas todas las formas de la ley del proceso del Universo y que se podría explicar por ellos, el mundo total de los fenómenos.

b) Realización del principio: Así derivan de la oposición de los números pares e impares una oposición de lo limitado y lo ilimitado, se extiende empleándose paulatinamente su teoría, a través de toda la realidad. Pues «la naturaleza del número es capaz de procurar el conocimiento y de conducir e ilustrar en toda cosa dudosa y desconocida. Evidentemente nada se sabía ni de las cosas en sí, ni de sus relaciones recíprocas, si no existiese el número y su esencia. Así hace todo conoscible, para la percepción, adaptándolo al alma, separando todas las relaciones de las cosas tanto de las limitadas como de las limitantes» (1). Como miembro intermedio entre el número y la naturaleza se presentaba para ellos el símbolo de la Geometría, la escuadra (el γωμόν). Pero no solo en la naturaleza regía el número, sino también en todas las esferas de la vida humana, especialmente en la artística. «Así pues,

(1) Filolao. Frag. II (Diels pág. 313). Al contrario, parecen haber existido influjos platónicos en un lugar donde los números son «modelos ideales» por cuya copia se originan las cosas.

puede verse reinar la naturaleza del número y su fuerza no solo en las cosas demónicas y divinas sino también en todos los hechos humanos y también en todas las artes técnicas y la música.» Una tabla de 10 opuestos, elaborada por algunos pitagóricos (verosilmente los más modernos) da una idea de como se representaban los miembros paralelos de aquella oposición originaria: en esta tabla, el primer término nombrado era el considerado como el determinante, el limitante por consiguiente el más perfecto:

1. Límite — Ilimitado.
2. Impar — Par (números).
3. Uno — Pluralidad.
4. Derecho — Izquierdo
5. Masculino — Femenino.
6. Reposado — En movimiento.
7. Recto — Curvo.
8. Luz — Oscuridad.
9. Bueno — Malo
10. Cuadrado — Rectángulo (1).

De tales oposiciones consiste el mundo. Pero del mismo modo que es el uno creador originario, en el número primario par-impar, se funden todos los opuestos, se resuelven las oposiciones de la realidad en un «orden» único. El nombre de *Cosmos* verosilmente fué dado al Universo por primera vez por los pitagóricos. Su enlace constituye la armonía y al mismo tiempo la expresión firme de la ley.

c) A pesar de sus concepciones fantásticas, se han hecho acreedores los pitagóricos de la ciencia, como podemos presumir por las noticias incompletas e inseguras que acerca de ellos poseemos. Entre otras cosas determinaron los cuadrados, que se hallan como $3^2 + 4^2 = 5^2$ y probablemente han llegado desde estos conocimientos aritméticos a principios geométricos tales como el tan conocido que lleva el nombre del maestro. También se ocuparon del concepto del vacío (*κεενον*) que por primera vez en la Atomística (§ 9) llega a conseguir su expresión debida y lo aplicaron a los intervalos existentes entre los sonidos y a los números intermedios entre los cuadrados. Además han iniciado la fundamentación matemática de la armonía musical, determinando las relaciones numéricas de las longitudes de las cuerdas que producían la altura, y la consonancia de los sonidos y distinguiendo ya clases de sonidos

(1) Para la interpretación de esta tabla compárase Kinkel. t. I. pág. 116-127.

y tipos de tonalidades y por último, se anticiparon a la Astronomía de su tiempo. Mantuvieron que la tierra y los astros eran esferas luminosas que, en distancias numericamente determinadas, verificaban movimientos circulares en torno del fuego central divino la «ciudad de Zeus», el hogar del Todo. Hasta llegaron los últimos pitagóricos, como los siracusanos Hiketas y Ekfantos (en el IV, antes de J. C.) a conocer la rotación de la tierra en torno de su eje.

d) Ciertamente hay mucho de candidez y artificio en estos descubrimientos científicos; pues en ellos, empleando las palabras de Aristóteles «no llegaron a sus explicaciones y teorías teniendo en cuenta los hechos, sino que partiendo de ciertas teorías e ideas preferidas, hicieron que los hechos se adaptasen a ellas y así «se podría decir fueron en parte ordenadores del mundo». Para llegar al número divino, el diez, en Astronomía, se imaginó además de la tierra, la luna, el sol, y los cinco planetas y el cielo de las estrellas fijas como décima esfera una «antitierra». Las distancias de las estrellas se calcularon según los intervalos de la música y puesto que todo cuando gira rápidamente, produce sonido, debe existir una armonía de las esferas; una idea infantil unida con representaciones en alto grado poéticas. Frecuentemente se enlaza una seria penetración con la mítica fantástica (ejemplos de la época antigua y moderna. Los árabes, Kepller, Fechner, Zollner, y no digamos nada de Bruno y Comte), así hallamos en los pitagóricos mezcladas con conocimientos valiosos las más extraordinarias fantasgorias. De la especulación de los números ha nacido frecuentemente la más infecunda simbólica numérica y la más arbitraria fantasía matemática. El siete, o más bien el diez (como suma de los números fundamentales $1 + 2 + 3 + 4$) se consideraban como números santos por los cuales se juraban. Del mismo tipo es la significación del 1 como el punto, del 2 como la línea, del 3 como el triángulo, del 4 como pirámide. Es muy artificioso también querer simbolizar: con el 4 (como igual e igual) la Justicia, con el 5 el matrimonio (porque $= 3 + 2$, enlace del primer número masculino y femenino), con el 6 el alma, con el 7 la inteligencia, la salud o la luz, con el 8 el amor y la prudencia.

e) Poco han producido en la Psicología los pitagóricos. Su teoría de la localización de las funciones psíquicas, de la inteligencia en la cabeza, del alma en el corazón, del crecimiento en el ombligo, de la reproducción de los órganos genitales, es aún bastante primitiva. Según Aristóteles consideraban como alma el polvo del sol o también lo que éste agita. Su creencia en la transmigración de las almas no está en relación con sus principios filosóficos y se combinó, lo mismo que su doctrina del renacer futuro de todos los seres

y sucesos (Nietzsche), ya pronto con el oculto órfico de Dionisio en una profunda doctrina secreta mística, por lo que no puede ser objeto de una historia de la ciencia filosófica (compárese sobre esto el hermoso capítulo «Der orphisch-pythagoreische Seelenglaube» (La creencia en el alma órfico-pitagórica) en T. 4, Gomperz, Los pensadores de Grecia 1,100 123. Igualmente no tuvo una fundamentación científica su doctrina ético-religiosa, cuyo carácter ideal ético y político social hemos indicado antes y que se exprese en diversas reglas (1) prácticas para la vida y sentencias simbólicas (una colección de estas prescripciones éticas la contiene entre otros «El poema dorado» que procede del siglo I a. de J. C.)

Del problema relativo a la certidumbre del conocimiento humano no se hallan ninguna o casi ninguna huella en la corriente filosófica pitagórica. Su mérito consiste en la investigación matemática.

CAPITULO II

Comienzos de la reflexión acerca del concepto del Universo. Ser y devenir. (Los eleatas y Heráclito)

En la siguiente generación de filósofos comienzan a dejarse notar junto a la investigación predominante cosmológica, comienzos de reflexión acerca de esta concepción del Universo. Una oposición metafísica fundamental los divide en dos campos: los unos (los eleatas) ponen al comienzo de su filosofía el concepto del ser uno e inmutable, los otros (Heráclito) el concepto opuesto del devenir, del eterno fluir de las cosas. Brandes, Ueberweg, Gomperz y Kinkel consideran primeramente a Heráclito, Zeller, Schwegler y Baumann a los eleatas. Nosotros, tanto por motivos cronológicos como por motivos sistemáticos, tratamos primero:

1. Xenofanes, que, nacido hacia el 570, fué ya considerado por Heráclito; por el contrario es solo un predecesor de la escuela leática y no un filósofo en sentido estricto (§ 4).
2. Heráclito nacido hacia el año 535 (§ 5).
3. El verdadero fundador de la Filosofía eleática, Parmenides, nacido en 540 ó 515 que ya combate a Heráclito y sus sucesores Zenon y Meliso, cuya actividad como pensadores corresponde al siglo V (§ 6).

(1) Gomperz (I. 119-123) considera al médico Alkmeon de Crotona como padre de la Psicología. Según él consiste la salud en la simetría de calor y frío, seco y húmedo, dulce y amargo; la enfermedad en la perturbación de la misma.

§ 4. Xenofanes

Varios tratados sobre él, de Franz Kern 1864.—J. Freudenthal, Uber die Theologie des Xenophanes (Sobre la teología de Xenofanes) Breslau, 1886.

Xenofanes también pertenece a los jonios que por la invasión de los persas fueron expulsados de su patria. Después de una vida errabunda y muy larga — que él mismo dice fue de 67 años! — se estableció ya anciano en Elea, colonia de los focenses situada en la Italia meridional donde de muy avanzada edad, después del año 480, murió.

Xenofanes llegó a la Filosofía partiendo, no de la naturaleza, sino de la poesía y la reflexión vulgar. Fué toda su vida, ante todo un poeta. Parece ser que recitó sus poesías, compuestas en varios metros, como rapsoda errante para ganarse la vida, en muchas ciudades, de la Helada y de la Magna Grecia. De su poema filosófico, al que se da como de costumbre, el título «De la naturaleza», han sido conservados solo unos cuantos versos sin cohesión entre sí. Nos queda un trozo más largo de una poesía festiva. Por otra parte tenemos muy pocas noticias seguras acerca de él. La veracidad del escrito pseudoaristotélico *De Xenophane, Zenone, Gorgia*, se ha combatido repetidamente.

Los versos conservados de Xenofanes se oponen radicalmente, en parte, a las concepciones predilectas del pueblo griego, pues previenen contra la excesiva estima de la fuerza física y hasta la gloria de los vencedores de los juegos olímpicos nada vale según él. Mejor que la fuerza física de hombre y animales juzga «nuestra sabiduría». Rechaza toda la mitología antigua y combate a Hesiodo y Homero porque atribuyen a los dioses vicios humanos como el robo, adulterio y mentira. Y hasta experimenta repulsión marcada por la representación plástica de aquéllos. Si los toros y los leones hubiesen tenido manos para la creación de figuras, hubiesen hecho a los dioses como toros y leones. Bien comprensible es pues, que hayan sido citados estos versos con predilección por Clemente de Alejandría (§ 54) y otros padres de la Iglesia. Dicha crítica atrevida de la religión popular, que se hallaba en relación con la reforma religiosa del siglo VI (§ 3), parece haber sido el punto de partida de su doctrina religioso-filosófica del Todo.

Frente a los múltiples dioses de la religión popular presenta Xenofanes el Dios único, supremo, «el más grande entre los dioses y los hombres, ni en la figura ni en los pensamientos semejante a los mortales». El es «todo espíritu, todo oídos y lo domina todo con la

fuerza de su espíritu». El pensamiento hasta aquí religioso adquiere en este punto un carácter teórico. Esta divinidad es completamente inmutable e invariable «permanece en su mismo ser» es «uno y todo» (ἐν καὶ πᾶν). Su monoteísmo tiene pues carácter panteísta. «Contemplando el Universo entero, nombró al Uno Dios» (Met. I. 5) dice Aristóteles y le llama por esto el primer maestro que enseñó la unidad entre los Eleatas. Aunque, como afirma Aristóteles en el mismo lugar (Metafísica I. 5), no se expresó claramente sobre la esencia de esta unidad, en particular si la unidad había de entenderse como conceptual (véase Parmenides) o material (véase más adelante Melisos), su idea fundamental de concebir el cosmos como unidad constituyó un gran progreso en la historia de la Filosofía griega.

La investigación especial de la naturaleza parece haber pasado al segundo término en este poeta-filósofo; sin embargo solo es poco y defectuoso lo que acerca de ello se ha conservado. De las ideas físicas que se le atribuyen, no debe parecer tan extraña la afirmación de que la divinidad es esférica si se sustituye la divinidad por el mundo; otras, como la afirmación de que las estrellas son nubes de fuego reposan en el estado rudimentario de la ciencia de su tiempo. Son interesantes algunos fragmentos por el punto de vista crítico o escéptico que se expresa en ellos: plena certidumbre acerca de los dioses y el todo no la ha alcanzado nadie ni la alcanzará nunca; pues «la apariencia se halla extendida sobre las cosas» y «desde un principio no revelaron los dioses todo a los mortales, sino que estos por su investigación en el transcurso del tiempo hallan algo mejor».

§ 5. Heráclito

Schleiermacher Herakleitos der Dunkle von Ephesos (Heráclito el oscuro, de Efeso) 1807. (S. W III. 2,1-14). J. Bernays. Gesam-melte Abhandlungen (Tratados reunidos) I. ed. Usener 1885. Ferd Lasalle, Die Philosophie Herakleitos der Dunkle von Ephesos (La Filosofía de H. el oscuro de Efeso) 2 t. Berlin 1852 P. Schuster Heraklit von Ephesos (Heráclito de Efeso) Leipzig 1873. Teichemüller Neue Studium zur Geschichte der Begriffe (Nuevos estudios para la historia de los conceptos) I, II Gotha 1876-78. E. Pfeiderer, Die Philosophie de H. V. Eph. im Lichte der Mysterienidee (La F^a de H. de Efeso a la luz de las concepciones de los misterios) Tubinga 1886.

Las más de las obras sobre Heráclito, en particular la de Lasalle (el conocido socialista) tienen el defecto de querer hacer con demasiado empeño de Heráclito el padre de todas las ideas posibles modernas. La

mejor colección de sus fragmentos ahora, es la de Diels en el libro ya citado páginas 66-84.

No sin fundamento ha llamado Hegel a Heráclito el primer filósofo especulativo. Los físicos de Mileto (§ 2) fueron ante todo investigadores de la naturaleza y su punto de partida y su único objeto lo constituyó el universo. Lo mismo sucede en lo esencial con los pitagóricos, aunque éstos ya se elevaron a la concepción matemática del mundo. Heráclito comienza, si hacemos abstracción de las indicaciones críticas de Xenofanes, antes mencionadas a investigar por primera vez el pensamiento mismo, aunque continúa siendo el Cosmos el objeto principal de su filosofía.

I. *Vida.* Con Heráclito volvemos de nuevo a la primera patria de la filosofía griega, al Asia Menor. Era oriundo de Éfeso y, como es característico para casi todos los filósofos antiguos, descendía de una familia noble. Con su genealogía, concordaba su naturaleza rigurosamente aristocrática que le hizo retirarse después de la victoria del partido popular, por completo de la vida pública, y según se dice, a la soledad de un bosque. Su vida transcurrió probablemente en el período que media del 523 al 475. En su existencia como en su filosofía siguió su camino como un pensador solitario altivo y agriado. El lenguaje de su libro, profundo, solemne, rico en imágenes y símiles a veces intencionalmente poseyendo el carácter profético de un oráculo, le dió ya en la antigüedad, el sobrenombre de «el oscuro». Según Sócrates es necesario ser un buceador delico, es decir, excelente, para llegar al fondo del pensamiento de Heráclito. Se han conservado de él 137 fragmentos (entre ellos 11 apócrifos).

2. *Principio.* Heráclito se coloca en consciente oposición no sólo con el vulgo sino también con sus más próximos predecesores y contemporáneos; tan sólo no censura a los físicos de Mileto de los cuales recuerda en cierto respecto al segundo, Anaximandro. El vulgo es sordo para la verdad aunque ésta se halle cerca de él, y se atiene, en su ignorancia, más gustoso a los cantos de los poetas — de los cuales combate principalmente a Homero, Hesiodo y Arquíloco, — y a la muchedumbre de pretendidos maestros. Saber de todo es mal arte y no ilustra al espíritu: esto se ve en Hesiodo y Pitágoras, Xenofanes y Hecateo. El mismo se da cuenta de que abre un nuevo camino que ha hallado por el propio esfuerzo. «Yo me investigué a mí mismo» dice una vez lleno de orgullo. La conciencia humana se contrapone al objeto.

La idea capital de la nueva Filosofía es pues: en la concepción vulgar de la esencia de las cosas existe un prejuicio; nosotros debemos considerarlas como un devenir perpetuo. Nada hay fijo y

permanente en el mundo. Πάντα ῥεῖ, esto es, todo se halla en un eterno fluir; en un eterno cambiar y devenir. «No podemos bañarnos dos veces en el mismo río» dice su simil preferido «pues agua nueva afluye continuamente». De la unidad nacen todas las cosas, de todas las cosas la unidad. A la diversidad en la sucesión se une la oposición en la coexistencia. «El agua del mar es lo más puro y lo más temible; para los peces potable y sana, para los hombres dañina e insalubre»; con la coexistencia se enlaza la simultaneidad de los opuestos ya en germen en Anaximandro y cuya descripción precisamente es un asunto predilecto de este poeta pensador. Vida y muerte, vigilia y sueño, composición y separación, nacimiento y disolución, vejez y juventud, mortal e inmortal, recto y curvo, masculino y femenino, alto y profundo y hasta bueno y malo son la misma cosa. Constituyen tan solo diferentes formas de un mismo proceso. El universo se asemeja a una bebida mezclada y agitada continuamente.

¿Cómo nace a pesar de este movimiento eterno la ilusión de la permanencia? ¿Cómo en el devenir perpétuo surge la ilusión de ser? «Mediante la contraposición» responde Heráclito. La guerra no es sólo el «señor y rey» sino también el «padre» de todas las cosas; la oposición produce la unidad. La oposición unifica y crea lo saludable. La enfermedad hace codiciable la salud, el hambre la saciedad, el trabajo el reposo. Así se convierte el mundo de los opuestos en una gran armonía «que vuelve a sí misma como la del arco y la lira» como dice la imagen, algo oscura, empleada por Heráclito, para expresar la descomposición de lo que se resuelve nuevamente en unidad.

3. *El fuego originario.* Llama fuego frecuentemente Heráclito el orden de las cosas que no ha sido creado por ningún dios, ni ningún hombre. ¿Cómo hemos de entenderlo? Desde luego no tan cómodamente como Aristóteles y otros antiguos autores griegos, a quien se siguió en épocas anteriores a la nuestra que consideraban el fuego simplemente como el principio (ἀρχή) de Heráclito en el sentido de la materia prima de la Filosofía Mílesia (§ 2). No sabemos de un modo seguro a causa de la carencia de noticias, si la escuela de Mileto había considerado ya su «principio» como algo espiritual. En todo caso en Heráclito, tan rico en imágenes, no parece que podamos interpretar literalmente «el fuego eternamente animado que constituyó siempre el cosmos y que siempre lo constituirá encendiéndose y apagándose según medida». Sin embargo no pudo substraerse por completo a una concepción material de aquél. Del fuego, que por lo demás se lo figura, no tanto como una llama, sino más bien como un hálito (φύχνη) igneo, surgía según su teoría

del origen del mundo, como transformaciones (τροπαι) suyas, primeramente el agua (lo fluido), después la tierra (lo sólido), — el «camino hacia abajo»—y en sentido inverso nuevamente de la tierra el agua, del agua el fuego—«el camino hacia arriba». Del fuego nació en un principio el universo — y en fuego se deshará un día para formarse después nuevamente de fuego. (Una teoría que, si sustituímos el «fuego» por la esfera de fuego del sistema solar, no se halla muy distanciada de la física moderna, teoría que por otra parte se considera por algunos autores como una interpretación posterior estóica). Que sin embargo el fuego primitivo no fué concebido por Heráclito como puramente material lo indica un fragmento suyo: «en fuego se transforma todo y el fuego en todo, como mercancías en oro y oro en mercancías» en donde aquél (el fuego), parece sólo un símbolo del cambio. Por otra parte también se le identifica con la divinidad y con la justicia cósmica o el destino (είμαρμένη) concepción que recuerda el fragmento citado de Anaximandro. Relacionada con esto está la sentencia suya: «todo lo dirige (exactamente lo gobierna) el relámpago». Si Heráclito y hasta que punto consideró ya lo común a todos como razón (λόγος) es cuestión difícil de decidir, dado el estado de sus fragmentos y el lenguaje figurado del «Oscuro». En todo caso no lo concibe como una potencia que obra conforme a fines pues llama una vez a la eternidad «un niño que juega a los dados» que reúne las piedrecillas que le sirven en el juego y las esparce de nuevo. Tampoco menciona Sócrates, que estudió a Heráclito, nada en él que se parezca a una razón del mundo y Aristóteles dice expresamente que Anaxágoras fué el autor de la (νοῦς) o razón (véase § 8) más bien pudo tener presente la determinación universal y rigurosa según una ley cósmica que como en Anaximandro y Pitágoras rige no sólo las órbitas de los soles sino también la vida humana según orden y medida.

4. *Psicología y Ética.* También al alma humana se aplica la imagen del fuego. El alma seca la más sabia, la mejor, es una parte del fuego divino que la ilumina como el relámpago a las nubes. Pero la mayoría de los hombres — con esto volvemos a los antes indicados esbozos críticos de la Filosofía de Heráclito — no siguen la razón cósmica que no reconocen, sino sus propias fantasías (οἰησις) «Los ojos y los oídos son malos testigos (de la verdad), si pertenecen a almas incultas». Estas almas «húmedas» semejan al borracho a quien conduce un adolescente y marcha a tropezones. «El carácter es el daimon del hombre», esto es, el carácter del hombre es su destino. El rasgo antropológico se presenta de un modo decidido y más claro que en los anteriores filósofos, si juzgamos por lo que de Heráclito conservamos: aunque es verdad que el cosmológico es todavía pre-

dominante. Según Diógenes Laercio se dividía su obra en una parte física, en una política y además en una teológica. Lo último es muy probable, pues la Filosofía del «oscuro» sabio innegablemente por ser un matiz religioso por lo que *Pfleiderer* intenta ponerla en relación con los misterios. Del mismo modo que su enemigo Xenofanes combate la representación plástica de los dioses y los sacrificios, sangrientos. De la parte política de su obra quizá provienen fragmentos como éstos: «el pueblo debe combatir por la ley como por un baluarte» «Debe apagarse el orgullo como un incendio». Por esta razón es preciso que existan los castigos a saber: para contener en sus límites al pueblo. También en esta esfera de la vida humana exige la sumisión del individuo al todo, sumisión a la que aspira en el conocimiento teórico. La ley civil reposa frecuentemente en la decisión de un único individuo a quien por su inteligencia superior se debe obedecer. Solo mediante esta sumisión a lo universal (ley, destino) consigue el hombre su verdadera satisfacción interna (propriamente «el bienestar» (εὐαρέσθησις).

5. *Influjo de su Filosofía.* Heráclito es una especie de Fausto antiguo que lucha con los enigmas de la existencia y que ya anuncia varias ideas modernas. Pensador original, cuyo lado fuerte se halla en la intuición genial, no en la investigación particular científica, ha influido no sólo sobre su época sino también intensamente, sobre la época siguiente. Platón experimentó en su juventud influjos de Heráclito y aun Aristóteles no ha quedado libre de ellos. Sobre todo influyó en la física y la teología de los estoicos quienes desarrollaron la doctrina del «Logos» y a través de ellos dejó sentir su influencia sobre la Filosofía de la Religión alejandrina de la corriente judía (Filón) y cristiana (Clemente). Aun, en los tiempos modernos, no han podido substraerse al atractivo del pensamiento del filósofo de Efeso tan opuestas naturalezas como el meditabundo Schleiermacher y el genio penetrante y luchador, de Lasalle, así como el maestro dialéctico de éste, Hegel.

Aunque no fundó este hombre solitario y original ninguna «escuela», ha habido desde muy pronto Heracliteanos. De ellos, es conocido sin embargo tan sólo el maestro de Platón, Cratilo (cuyo nombre lleva un diálogo platónico) que, exagerando la idea de su maestro, afirmaba que ni siquiera una vez podríamos bañarnos en el mismo río; Aristóteles dice hablando de él en broma, que Cratilo no creyendo poder ya afirmar nada por la palabra, se valía para hacerlo del movimiento de un dedo. También en un escrito atribuido al médico Hipócrates «De la dieta» (hacia 400 a. d. J. C.) se emplean principios filosóficos de Heráclito.

§ 6. Los eleatas (Parménides, Zenón, Melisos)

Heráclito mantenía que el ser de las cosas era tan solo un eterno devenir. Siendo esta concepción históricamente necesaria y fecunda, requería sin embargo como complemento el concepto del ser único, cuyo devenir se ha de determinar. Esta última idea había surgido ya en el espíritu de Xenofanes; pero se fundamenta por primera vez por el verdadero filósofo sistemático, fundador de la escuela de Elea: Parménides.

I. PARMENIDES

El poema didáctico de Parmenides está editado en griego y alemán con comentario por Diels, Berlín-1894.

Vida y obras. La patria de Parmenides fué Elea. Era hijo también de una familia noble y acomodada. Las opiniones con respecto a la fecha de su nacimiento oscilan considerablemente. Según Diógenes Laercio debió haber nacido hacia 540 y según la exposición del diálogo platónico que lleva su nombre, quizá el 515. En cambio estuvo de acuerdo la antigüedad en la alabanza de su persona. Platón le llama el «grande», digno y venerable de una noble profundidad». Aristóteles lo prefiere al menos a los restantes eleatas. Otros alabaron su vida «pitagórica». También parece haber influido beneficiosamente sobre las costumbres y las leyes de su ciudad natal. Aunque discípulo de Xenofanes, mantuvo sin embargo también relación íntima con los pitagóricos, mientras que la filosofía de Heráclito le influyó indirectamente, es decir le llevó a contradecirla. De su poema filosófico «*Acerca de la naturaleza*» (περὶ φύσεως) se han conservado bastantes e importantes restos, en total 155 versos (hexámetros), los más de ellos en relación entre sí. El comienzo mismo del poema (32 versos) es de una rara hermosura de lenguaje y fondo. Conducen al poeta a través del éter los caballos guiados por las hijas del sol, al santuario de la verdad. Allí le saluda la diosa y le promete, si es que le conduce a ella el amor de la justicia y de la verdad revelarle la sabiduría o sea tanto la verdad eterna como la opinión errónea de los hombres. De aquí que se divida el poema en dos partes. I. La teoría de la verdad. 2. La teoría de la apariencia.

1. *Doctrina del ser.* A la verdad, dice Parménides de acuerdo con su enemigo Heráclito y aun más energicamente que él, conducen no los sentidos que nos muestran la pluralidad y el cambio de las cosas, sino tan solo la razón o el pensar (ὁ λόγος, τὸ νοεῖν) la cual conoce la esencia del ser como necesario y la esencia del no ser como

imposible. Pues, como reza su afirmación fundamental, la verdad consiste en el conocimiento de que solo el ser es, y el no ser no es y la apariencia, en la falsa opinión de que el no ser también es. El vulgo, vano e irreflexivo, «bicéfalo», a la vez sordo y ciego puede considerar uno y lo mismo ser y no ser (esto es el devenir), como el mismo dice, aludiendo claramente a los partidarios de Heráclito. Solo el ser puede ser pensado y no hay pensamiento alguno sin el ser a que aquél se refiere y Parménides hasta se eleva a la abstracción atrevida: ser y pensar son idénticos. Sin embargo, aunque dicha afirmación parece lógicamente pura, no se liberta el filósofo eleata completamente de lo material. A este concepto del puro ser transporta todos los atributos con que ya los filósofos anteriores habían ornado sus principios. El Ser es supratemporal y supraespacial, indestructible, inmutable, sin principio, inmóvil, eterno y además no fué jamás ni será, sino que existe como un todo continuo (ἕννεχός) Lo considera también indivisible, presente por doquier, infinito en todas sus partes, siempre idéntico a sí mismo, perfectísimo y definido en sí; «comparable a la masa de una esfera bien redondeada e igualmente fuerte desde el centro hasta todos los lados».

2. *Física.* Sin embargo Parménides, sintió indudablemente, la contradicción existente entre esta afirmación del ser indivisible, al que se llegaba mediante el pensamiento conceptual y la realidad varia y múltiple. A la teoría del ser expuesta en la primera parte de su obra, sigue por esto mismo en la segunda un estudio de las «ideas» aunque falsas de los mortales, a saber de sus percepciones sensibles, una especie de física relativa que se apoya en el mundo de los fenómenos. Al «lenguaje de la verdad» sigue «el lenguaje de la opinión». En ella expone siguiendo el ejemplo de sus predecesores, una teoría sobre la formación del mundo. Parte de dos materias primitivas que recuerdan a la primera división del principio originario defendida por Anaximandro y en parte también por Heráclito. Al elemento etéreo, luminoso, ligero del fuego idéntico a sí mismo en todas sus partes, se opondrá la masa densa, oscura, pesada, de la que ha nacido la tierra. Aquél representa el principio activo, éste el pasivo. La mezcla de ambos sucede mediante la intervención de una divinidad que lo domina todo, mediante el primer propulsor de todas las cosas: el Eros (impulso erótico). De la teoría que seguía acerca de la evolución del mundo y origen de los hombres, por desgracia, no se nos han conservado más que algunos versos. De interés psicológico es la observación de que, lo mismo que el Universo, el carácter de los hombres se compone de dos elementos, pero de tal modo que lo espiritual predomina (por lo demás concebido cándi-

damente como material). La existencia de una relación de carácter racional entre la doctrina del ser y la de la apariencia, ha sido es cierto aceptada por algunos investigadores modernos, pero no puede hallarse en los fragmentos conservados y probablemente no ha sido nunca trazada por Parménides.

2. DISCIPULOS DE PARMENIDES

Mejor que la Filosofía del solitario Heráclito se prestaba la de Parménides para formar escuela. Su pensamiento filosófico por puros conceptos debía conducir justamente a un desarrollo y trabajo dialéctico de la misma. Esta fué la labor de la filosofía eleática hecha ante todo, por el discípulo de Parménides:

a) *Zenón* (hacia el año 490 - 430)

Veinticinco años más joven que su maestro, defiende la filosofía de aquél con gran talento lógico, contra los ataques y la burla, que muchas veces había provocado por lo que aun Platón le llama el «Palamedes» (1) eleata y es considerado por Aristóteles como el inventor de la dialéctica. Quiso probar indirectamente que los supuestos contrarios a los de su Filosofía — multiplicidad y movimiento — eran absurdos. El procedimiento hipotético (Hipótesis-supuesto fundamental) que llegó a ser tan importante en la filosofía griega tiene en él su origen. Sus dificultades (*ἀπορίαι*) famosas en toda la antigüedad y aun en los tiempos modernos ponen de relieve, en verdad, la contradicción en que cae nuestro pensamiento en lo que respecta a los conceptos fundamentales de la física pura, movimiento, tiempo, espacio, magnitud, con la percepción sensible. Mencionamos solo los mas importantes. Zenón parte de la suposición de la divisibilidad al infinito del espacio. Sobre este supuesto no puede I) Comenzar el movimiento (todo espacio contiene de nuevo en espacio en sí, cada lugar está de nuevo en un lugar); no puede II) terminar: Aquiles no alcanzará a la tortuga; pues, mientras él ha llegado al lugar A, que ella ocupaba, ha llegado aquélla al lugar B y cuando llega a B está aquélla en C y así sucesivamente. III) La flecha que vuela se halla en reposo, pues se halla en cada momento siempre en el mismo espacio, está en reposo, así, durante todo el tiempo de su movimiento aparente. Las pruebas de Zenón no resuelven el problema, mejor dicho, no quieren quizá resolverlo, pero han tenido el mérito de haber indicado las dificultades que existen en estos problemas y haber preparado así

(1) Palamedes el hijo de Mamolias fué famoso por su ingenio y habilidad y espíritu inventivo. De aquí el emplear la palabra en este sentido (En Eusípides y Platón) N. T.

el camino al cálculo infinitesimal. Por esto, a pesar de presentarse aparentemente como absurdas, han ocupado siempre a profundos pensadores, especialmente a pensadores matemáticos, desde Aristóteles y Platón, hasta Hegel y Herbart y en particular también a los filósofos de la época matemática: Bayle, Spinoza y Leibniz. Tales problemas han hecho que fuesen discutidos los conceptos de lo infinitamente pequeño y lo infinitamente grande, del momento del tiempo, del reposo, del progreso entre otros, aunque el resultado fué al comienzo tan sólo negativo.

b) *Meliso*

Meliso de Samos, el que el 441 venció en la proximidad de su ciudad natal a la flota de los atenienses, sostuvo el punto de vista de los eleatas con la restricción, en otro respecto complemento, de afirmar la infinitud espacial y temporal del Ser, y en consecuencia deducía de ésta la imposibilidad de la existencia de un espacio vacío. Es cuestión aun no resuelta, si tomó esta posición filosófica por haber sido influido por los atomistas, de los que se tratará más adelante (Zeller) o si fué él quien los influyó (Natorp). La unidad primordial no es para él solamente inmóvil sino también completamente idéntica consigo misma; no se hace ni más pequeña ni mayor, no siente ni dolor ni placer, es completamente incorpórea. La percepción sensible es pues errónea porque en vez de lo único y permanente nos da una pluralidad de cosas mudables.

Ambos sistemas, el de Heráclito y el de los eleatas, son grandiosos dentro de su unilateralidad y la uniteralidad de ambos fué fecunda desde su época hasta el presente. En el devenir de Heráclito no existe en germen tan solo la duda sofística en todo lo existente, sino también todo el pensamiento histórico y evolutivo, mientras que los eleatas en su ser único buscaron el polo inmóvil del fenómeno siendo así los descubridores del concepto de la ley. El pensamiento de ambos sin embargo se halla ligado aun al universo, a la percepción sensible de la realidad.

En el proceso ulterior de la investigación filosófica, los físicos modernos del siglo V principalmente Anaxágoras y Empedocles, se intenta una oposición intermedia entre el ser de los eleatas y el devenir de Heráclito; al mismo tiempo representan un tránsito entre los físicos antiguos y los comienzos del atomismo.

CAPITULO III

Los físicos modernos: Empédocles, Anaxágoras y otros

(Intentos de combinación de los sistemas anteriores. Comienzos para la formación de nuevos sistemas)

§ 7. Empédocles

1. *Vida y escritos.* Con Empédocles, nos hallamos en la isla de Sicilia y en país dórico. Nació hacia 490 en Akragá (Agrigente), rica ciudad comercial, entonces en plena prosperidad. Aunque de familia noble, se unió a la lucha por la libertad del partido popular y le ayudó a alcanzar la victoria. No sólo fué famoso como filósofo, sino también como orador, poeta, ingeniero, médico y sacerdote. Aristóteles le alaba como fundador de la retórica y lo compara a Homero en la magnificencia de la expresión poética; lo mismo hace más tarde Lucrecio. No sólo le atribuye el pueblo fuerzas mágicas, curaciones maravillosas, toda clase de predicciones y hasta aun resurrecciones de muertos, sino que también él se las atribuye a sí mismo. Acerca de su muerte existen leyendas prodigiosas; según la más extendida se arrojó voluntariamente al cráter del Etna. Verosimilmente murió desterrado en el Peloponeso, hacia el 430 después de perder, aquel mismo que antes había sido divinizado por él, el favor popular. Además del, por decirlo así, acostumbrado [poema *Acerca de la naturaleza*, (περὶ φύσεως), compuso una segunda obra de contenido místico-religioso. *Las purificaciones* (καθαρμοί). De ambos se conservan, en conjunto, 450 versos grandiosos y llenos de imágenes.

2. *Filosofía de la naturaleza.* La Filosofía de Empédocles se puede considerar como una síntesis de la filosofía del ser eleata y de el devenir de Heráclito. Con los eleatas niega que algo pueda nacer de la nada o convertirse en nada; con Heráclito tiene de común el principio de la evolución. Se asemeja a los físicos jónicos en que su interés se dirige más a los problemas químicos, biológicos, antropológicos que a los matemáticos y a los dialécticos; y le son comunes, finalmente, con los pitagóricos ciertas representaciones y estados de ánimo místico-religiosos (pág. 48). Nada nace y perece, enseña el siciliano, sino que sólo existe mezcla y separación («desmezcla») de una materia en su cantidad total inmutable, y aquel proceso está causado por dos fuerzas: el amor y el odio (di-

sension). Nos hallamos en él, en medio de teorías químicas. Los dos elementos de la filosofía de la apariencia de Parmenides se han convertido en cuatro «raíces de todas las cosas» inmutables pero divisibles, añadiéndose al agua de Tales, al aire de Anaximenes y al fuego de Heráclito la tierra como cuarto elemento; son pues, los conocidos cuatro elementos transmitidos por Aristóteles a la Edad Media: fuego, agua, aire, tierra; que en él aparecen a veces con una personificación mística (Zeus, Nestis, Adioneus, Hera). En el comienzo de todas las cosas reposaban todas estas materias, reunidas por el lazo unificador del «amor», no separadas y no mezcladas, unas junto a otras, en la forma de una esfera (σφαῖρα, como en Parmenides) cerrada en sí misma. Paulatinamente halló entrada el «odio» y con él vino la separación que condujo a la formación del mundo y de los seres, que llegó a alcanzar finalmente el predominio y de este modo trajo la destrucción de los seres vivos, hasta que finalmente el amor ganó poderío, reunió lo separado que vuelve así de nuevo al estadio primero de la esfera que todo lo comprende en sí, del «Dios todo feliz» (1), después de lo que del mismo modo se siguieron nuevos períodos del mundo unos tras otros produciéndose reciproca continuamente.

La evolución de la vida orgánica, a la que se dirige el interés capital de este filósofo, tiene lugar pues en el período de la lucha de las dos fuerzas, por la incesante mezcla y separación de los cuatro elementos. Produce la diferencia cuantitativa de la composición una diferencia cualitativa de las propiedades sensibles, un «otro aspecto» de lo compuesto. Entre los seres vivos surgieron primeramente de la tierra, las plantas. De los animales se produjeron primero, miembros separados (cabezas, brazos, ojos), que por su mezcla fortuita en un principio dieron ocasión a extraños monstruos, hasta que finalmente por relaciones numéricas de la mezcla, se convirtieron en organismos aptos para la vida. Pues lo emparentado y lo igual se atraen mutuamente y los opuestos se repelen. Aquí tenemos por primera vez una analogía con nuestras «afinidades electivas químicas» y al mismo tiempo los gérmenes de una teoría de la selección. El proceso de la mezcla se lo imagina Empédocles del siguiente modo: las partículas de un cuerpo o lo que es igual, de una materia, se mezclan con las de otro penetrando como emanaciones (ἀπόρροαι) del uno, en los poros (πόροι) del otro.

3. *Psicología y Teoría del Conocimiento.* Estos principios los aplicó Empédocles a la explicación de la percepción sensible. Tam-

(1) Recuérdese la poesía de Goethe «Es posible estrella de las estrellas». En el diván oriental occidental.

bién para ella son dos cosas precisas. 1. Las partículas de los objetos y 2 los aparatos receptores de los sentidos (lo que él explicó detalladamente para la percepción visual), de modo que hallamos aquí — aunque aun en una forma primitiva—el reconocimiento de un factor subjetivo en la producción de la percepción (Gomperz I, pág. 189, sin embargo considera al pitagórico Alcmeon de Crotona (§ 3) como precursor de Empédocles). Para que aquella tenga lugar, deben poder adaptarse entre sí ambas partes, ser del mismo género. «Con la tierra conocemos la tierra, con el agua el agua», etc. Completamente materialista es la frase: «según la materia existente crece el conocimiento en el hombre», pues según él, el pensar depende de la mezcla de la sangre, «la sangre del corazón es pensamiento» (comienzo de la doctrina de los temperamentos). Y sin embargo es este materialismo de nuevo espiritualista (como por otra parte el «monismo» moderno de Haeckel); pues toda materia está, a sus ojos como a los de Tales, Heráclito y Parmenides, animada, «todo posee la fuerza del pensar». El contacto de lo semejante despierta al mismo tiempo el sentimiento de placer, el contacto de lo opuesto, detención del sentimiento vital, así pues dolor. Además debemos confiar en las sensaciones, tan solo hasta donde llega su estrecho dominio. El verdadero saber es únicamente asequible al pensar. El conocimiento perfecto es exclusivo de la divinidad.

4. *Teoría de la transmigración de las almas.* Así se oscurece algo en personalidad de Empédocles el aspecto puramente filosófico. Sin embargo ha producido, en las más diversas ramas de la ciencia natural, a la que también pertenecen la matereología y morfología (1), ideas en germen sumamente importantes y de gran fecundidad científica para los tiempos posteriores. En ninguna relación reconocible con su física y su fisiopsicología se halla su doctrina místico-religiosa de la transmigración de las almas, tomada evidentemente de los pitagóricos y de los órficos. Las almas arrojadas de su patria celeste, son condenadas a errar en el valle terreno del dolor (en el lugar sin alegría) a través de las formas más diversas, como expiación de sus pecados; Empédocles mismo dice haber sido ya, muchacha, pájaro, pez y arbusto. Solamente en largos períodos de purificación sucesivos (a la perfección moral se unen ceremonias externas, consagraciones, aspersiones, purificaciones, vegetarianismo entre otras cosas), se eleva el almado nuevo a grados humanos más altos (vidente, poeta lírico, médico, príncipe!),

(1) Recuerda enteramente a Goethe en su verso: «Uno es el pelo y follaje y el peso plumaje de las aves».

desde los cuales es posible el regreso a la patria primera. Además se acusan en Empédocles rasgos de una concepción de Dios más pura en el sentido de Xenofanes; no se ha de pensar la divinidad semejante a los hombres sino como «un santo e indecible espíritu que atraviesa con rápidos pensamientos el mundo entero» (pág. 134 en Diels).

Su concepción química de la naturaleza fué desarrollada más consecuentemente por su contemporáneo Anaxagoras.

§ 8. Anaxagoras y los últimos representantes de la filosofía de la naturaleza

F. Lowy. *Die Philosophie des Anaxagoras (La Filosofía de Anaxagoras). Ensayo de reconstrucción. Viena 1917.*

I. *Vida.* Anaxagoras, nacido en Clazomene en el Asia Menor (en Smirna) hacia el 500, a. d. s. como los más de sus predecesores, descendiente de una familia noble, llevó por primera vez la filosofía a Atenas, donde emigró hacia el 463. Como amigo de Pericles, de Eurípides y otros hombres importantes ejerció allí durante tres decenios un influjo poderoso en las cosas del espíritu. Se mantuvo apartado de la vida pública y se dedicó completamente a la investigación teórica. Sin embargo, acusado por los enemigos de su gran amigo, de impiedad, esto es de negar los dioses de la ciudad, debió ya en su vejez (434), abandonar Atenas y pasó los últimos años de su vida, muy considerado, en Lampsacus, en Asia Menor, donde murió hacia el 428. También Anaxagoras es al mismo tiempo, físico, químico, astrónomo y matemático. De su escrito en prosa «*Acerca de la naturaleza*» (περὶ φύσεως) se han conservado tan sólo una serie de restos (22) (edit. y explicados por Schambach, Leipzig 1837, ahora en Diels *Presocráticos*, págs. 8,399-410).

2. *Principio fundamental de la física.* Anaxagoras concuerda con los eleatas y Empédocles en no aceptar ningún producirse y desaparecer. «Los helenos admiten falsamente el devenir y el perecer; pues ninguna cosa se produce o desaparece sino que se compone por mezcla de otras existentes y se descompone de nuevo en ellas por separación; así pues sería mejor nombrar al nacer mezcla y al perecer descomposición». Pero no hay para él como para Empédocles — su predecesor, no en el tiempo, sino en el pensamiento filosófico — cuatro elementos, sino infinitos gérmenes (σπέρματα) o sustancias (χρήματα) que en partículas infinitamente pequeñas existen desde un comienzo en todas las cosas (por ejemplo: carne, oro, flores). Distribuidas estas por todo el universo, de un modo finísimo se diferencian entre sí por la figura, color y sabor. También

según él, se unen las partes semejantes, llamadas por escritores posteriores apoyándose en Aristóteles «*homomerias*»; las desemejantes se repelen. todo está compuesto de todo, todo participa de todo. A pesar de su extravagancia esta teoría significa por el ilimitado número de elementos, con respecto a los cuatro de Empédocles, un progreso semejante al de el *Apeiron* de Anaximandro con respecto a la materia determinada de Tales. Al mismo tiempo, constituye, como una especie de atomismo cualitativo, un paso a Demócrito.

3. *La teoría del «Nus»*. Anaxagoras es famoso ya en la antigüedad, en Platón y Aristóteles, por la exposición de otro principio. Se pregunta: qué fuerza mueve estas partes? Y se responde: el «Nus» (νοῦς). Qué significa este «Nus»? Difícilmente ha entendido por él un ser puramente espiritual y personal una «inteligencia separada de toda materia, creadora del mundo y que obra conforme a fines» (Schwegler pág. 45). Se esfuerza es cierto, por espiritualizarla lo más posible; pero a pesar de que es llamada la «más fina y pura» de todas las cosas porque «no se halla mezclada con ninguna otra» «sola en sí» «inmóvil», siempre tiene algo de material. Continua siendo materia, aunque hablando en términos Kantianos pensada tan «extremadamente fina» que se podría sentir vértigo ante ella» y es designada por esto por un historiador de la Filosofía moderna (Windelband) no desacertadamente, como materia pensante o racional. Su acción es considerada por Anaxagoras, como un conocer (γνωρίζειν), muestra conocimiento (γνώμη) y gobierna las cosas, pero ya hemos oído lo mismo del Número pitagórico y del Logos de Heráclito. También aquéllos «gobernaban» y «dirigían». En todo caso no ha sido elaborado como un principio espiritual por Anaxagoras. De otro modo no hubiese podido ser expuesto como el primer móvil (véase más adelante) o aunque no mezclado, divisible. También las plantas poseen el Nus. Anaxagoras ha emprendido el camino en la dirección del idealismo pero no pudo desligarse del modo de pensar materialista que era propio a la filosofía de la naturaleza antigua griega.

4. *Origen del mundo*. Al caos del estado primitivo puso fin el Nus produciendo en un punto de la materia un movimiento de torbellino que tuvo por consecuencia una separación de las substancias. Primeramente surgieron el Éter luminoso y ligero y el aire oscuro y pesado, del último la tierra y los demás cuerpos celestes concebidos como masas de piedra candentes (así pues meteoritos). De la tierra que se hallaba en su comienzo en un estado borroso, nacieron fecundados por los gérmenes caídos del Éter y del aire, los seres vivos. Una intervención ulterior del Nus, además de aquel impulso primitivo no la aceptó, a lo que parece Anaxagoras. A

menos Aristóteles le hace el reproche de emplearlo (el Nus) solamente como un recurso, *deus ex machina* y Platón hace lamentarse en el Fedón (97 C) a Sócrates de no haber encontrado en el libro de Anaxagoras la explicación teológica esperada, sino solamente una mecánica.

5. *Psicología.* El alma es para este filósofo como para todos los pensadores antiguos de los griegos y los orientales, solamente el principio de la vida, propiamente el soplo, el hálito (*ψυχή*). Sin embargo distingue, como Parmenides y Heráclito, de la percepción imperfecta — «a causa de la debilidad de los sentidos somos incapaces de conocer la verdad» — un pensar perfecto. Existe en cada uno, tanto conocimiento como en él se contiene materia general del pensar (lo mismo que Heráclito). En oposición a Empedocles enseñó que no sentimos por lo semejante sino por lo opuesto, por ejemplo: el agua fría por la mano caliente, lo dulce por lo ácido, etc. El tacto es, según él, el sentido primitivo; el hombre es el animal más racional, porque tiene manos. Toda percepción va acompañada de dolor como la expresión de lo opuesto.

De los dioses no quiso Anaxagoras enseñar nada. También se opone a la concepción del Nus como un principio ético-espiritual el que no se conservan de él fragmentos éticos.

6. *Continuadores.* El discípulo más conocido y más interesante de Anaxagoras es Eurípides, el poeta trágico, que alaba haciendo clara alusión a la personalidad elevada del Clazomenio, la felicidad de la vida dedicada a la investigación para conocer las eternas leyes del todo.

Hacen verosímil que el Nus de Anaxagoras no estaba de ningún modo en una oposición idealista con la materia, las doctrinas de dos pensadores algo posteriores influenciados por él de los cuales al primero se le considera hasta discípulo suyo: de Arquelaos y de Diógenes de Apolonia (en Creta?). Arquelaos llamó al caos primitivo, siguiendo a Anaximenes, el aire y supuso el espíritu mezclado con él. Más importante parece ser su contemporáneo Diógenes, que es ridiculizado en las «Nubes» de Aristófanes. Del mismo modo enlaza Anaxagoras y Anaximenes. Debe ser aceptada una única materia de las cosas, pues de otro modo no sería posible una mezcla o un influjo recíproco de las mismas. Y por otra parte muestra el orden y la distribución de las cosas según medida y armonía la actividad de una razón (*νόησις*). Este «eterno» ser poderoso y al mismo tiempo racional y omnisciente es para él, el aire que todo lo penetra y lo guía, del que, como Anaximenes, hace salir el mundo creado por condensación y enrarecimiento. El alma es aire caliente y produce como tal en los seres vivos, la vida, el movimiento, y el pen-

samiento. También ha hecho ya observaciones ingeniosas sobre el sistema venoso, el origen de las percepciones y otros temas fisiológicos y como Alcmeón colocó el lugar del pensar en el cerebro. Ensayó defender a Homero por alegorías racionalistas (p. ej. Zeus = el aire); un procedimiento que en Metrodoro de Lampsacos y Theagenes de Magara alcanza su punto máximo e influyó más tarde en los estoicos.

A pesar de su Nus no pudo Anaxagoras elevarse a la idea de un ser distinto del material, a saber, pensado. Esto sucede por primera vez en el sistema del hombre interesante e importante que se halla al fin de este primer periodo cosmológico de la Filosofía griega pero que en varios respectos encaminó el pensar en una nueva vía: Demócrito de Abdera.

CAPITULO IV

§ 9. Demócrito

Además de las exposiciones antiguas de Brandis, Zeller y F. A. Lange (Historia del Materialismo I, 4 ed. pág. 9) véase P. Natorp, Forschungen zur Geschichte des Erkenntnisproblems 1884 pág. 164 a 208 y la edición de la Etica mencionada en el número 5 de este párrafo; también Wilndeband Geschichte der alten Philosophie (Historia de la Filosofía antigua) pág. 193-205 y su manual (5^o ed.) pág. 81-95 Kuehnemann, Grundlehrmen (Teorías fundamentales) pág. 133-160. Lowonstein, Die Wissenschaft D. s. und ihre Einfluss auf die moderne Naturwissenschaft (La ciencia de D. y su influjo en la ciencia de la naturaleza moderna). Berlin 1914.

1. *Personalidad.* Como precursor y amigo (ἑταῖρος) de Demócrito designó Aristóteles a un cierto Leucipo, del que por otra parte nada seguro sabemos, motivo por el cual, ya se dudó de su existencia, por Epicuro y nuevamente por Rohde. Se dice que sus obras han debido mezclarse más tarde con las de Demócrito. Las noticias sobre la patria de aquél, Abdera, Elea, o Mileto, parecen indicar más que su lugar de nacimiento real, el origen de su filosofía. Dejando a un lado la personalidad de Leucipo tratamos en lo que sigue sólo de Demócrito sin preocuparnos de su mayor o menor originalidad.

La patria de Demócrito fué Abdera en Tracia, ciudad comercial entonces floreciente, fundada por colonos jónicos; se hizo famosa entre las ciudades libres griegas (véase Wieland, *Los Abderitas*). Su nacimiento remonta probablemente al tiempo comprendido entre 470

460 a. de J. C. el mismo se llama «joven cuando Anaxagoras ya era viejo». Empleó su importante fortuna en grandes viajes de investigación, especialmente al Oriente. De vuelta de ellos llevó en su ciudad natal una vida de científico alejado de la existencia ruidosa de Atenas y en particular dedicado a la ciencia físico-matemática. Por una sola etología, es decir, indicación de una causa (científica), hubiese dado todo el reino de los persas! De la multitud de anécdotas y leyendas que la antigüedad tardía unió con su nombre, no parecen de ningún modo, las que le presentan como «el sabio que ríe» y las que le atribuyen la fama de ocuparse superficialmente de todo, apropiadas al hombre que sólo se glorificó de su arte geométrico y vió lo único digno de ser deseado en la plenitud del entendimiento. En edad avanzada, de 90 ó 100 años según se dice, abandonó la vida suavemente y sin dolor.

Democrito conoció los sistemas de sus predecesores; menciona a Pitágoras, Parmenides, Zenón, Anaxágoras y a su compatriota Protágoras, el primer sofista (véase § 12). Sin embargo, no intentó entrar en relación con la filosofía ática de su tiempo. Debe haber estado en Atenas sin darse a conocer a Sócrates o algún otro de los filósofos de allí. Le apartó de los sofistas su modo de ser: «quien contradice gustoso y habla mucho es incapaz de aprender algo serio»; de Sócrates quizá la repulsión de éste hacia su esfera capital de investigación. Es sorprendente que Platón no cite nunca a Democrito, aunque parece haberle tenido presente en algunos pasajes. Aristóteles al contrario lo menciona unas 78 veces y aunque opuesto a él, siempre con respeto. Ciceron considera su estilo tan bello como el de Platón. Su producción de escritor fué extraordinariamente fecunda. Las 60 obras (en 15 tetralogías) que la antigüedad le atribuyó abarcaban el conjunto del saber de su tiempo: matemáticas, física, ética, estética, gramática y técnica. Los fragmentos relativamente escasos, que se conservan, especialmente de sus escritos acerca de la ética, hacen lamentar en extremo la pérdida de lo restante. Por Sócrates y Platón fué conducida la filosofía a otros problemas y esto pudo haber contribuido a que Democrito, que ante todo fué un físico, cayese en el olvido, del que lo sacaron después de veinte siglos Bacon y Gassendi. Sólo modernamente se le ha sabido apreciar por completo.

2. *La doctrina de los Átomos.* La parte más conocida y más notable de la filosofía de Democrito es su física, su teoría de los átomos que no fundamentada, fué por él realizada plenamente por primera vez y ha llegado a ser el fundamento de la física moderna (véase *F. A. Lange Historia del Materialismo* y especialmente la obra citada en la página 8 de *Kurd Lasswitz*).

Con los eleatas reconoce Democrito un ser eterno permanente en todo cambio. Este ser se forma de infinitas substancias. El todo está compuesto de infinitos corpusculos no perceptibles por los sentidos, que por no ser divisibles ya, fueron llamados por él átomos (ἄτομα). Les atribuye las propiedades del infinito (ἄπειρον) de Anaximandro y del ser (ὄν) de los eleatas; eternos, inmutables, además plenos (μυστά) y corporales. Son algo así como el ser (ὄν) de los eleatas dividido en infinitas partes. Sin cualidad sensible alguna, se diferencian tan sólo entre sí por la figura, posición y magnitud. Sus diferencias son pues puramente geométricas; la de la magnitud además es puramente ideal, puesto que no son perceptibles y evidentemente sólo imaginados, para explicar la diversidad del ser. Los llama también esquemas (σχήματα) o ideas (ιδέαι,) esto es, formas o figuras. Para hacer posible su movimiento, acepta Democrito además del «pleno» un «vacío», así pues un espacio vacío. El movimiento de los átomos a través de este espacio vacío es eterno; aunque es dudoso si está producido según Democrito por el peso o si era originalmente vertical como quiere Epicuro. Por el choque y el repelerse de los átomos se originan movimientos laterales, circulares y de torbellino, en la que los átomos más ligeros se reúnen en la parte más externa y los más pesados en el interior. Así surge el comienzo del mundo. Nosotros pertenecemos a uno de estos innumerables mundos. De los átomos pesados que en el primer momento se inclinaron hacia la parte central, se produjo nuestra tierra, de los ligeros que se dirigieron hacia arriba, el cielo, el aire y el fuego. Las masas más densas que se separaron de estos últimos se hicieron por el un movimiento rápido incandescentes y se convirtieron en estrellas.

Hasta que punto también el filósofo de Adera aplicó su «hipótesis» atomística — así la llama ya Aristóteles — a la Biología no puede concluirse con seguridad de las escasas noticias transmitidas. Que si lo hizo, se deduce entre otras cosas de su explicación del crecimiento de las plantas que Aristóteles (Física IV, 6), nos expone y ante todo de su teoría psicológica de que se tratará más adelante. En todo caso se inició por él la concepción cuantitativa de la naturaleza de importancia fundamental para la ciencia natural moderna. Según la atomística explicamos hoy las leyes del sonido, de la luz, del calor, los cambios químicos y físicos en la acepción más amplia de la palabra» (Lange loc. cit. pág. 15).

El atomismo representa una concepción rigurosamente mecánica del universo. Del mundo de los átomos se excluye toda casualidad o toda divinidad que se halle tras él y que obre según fines conscientes. «Los hombres se han forjado una idea engañosa

de la casualidad para excusa de su sin, razón» dice Democrito y «nada sucede fortuitamente sino todo según fundamento y necesariamente» (ἐκ λόγου τε καὶ ὑπ' ἀνάγκης). Se burla por esto de la doctrina teológica del «Nus» de Anaxagoras. ¿Debemos según lo anterior considerar la explicación del mundo dada por Democrito como un sistema consecuente de materialismo puro o como sucede a menudo, como un sistema sensualista, ya que ha buscado la verdad en «el fenómeno»? (Arist. de gen. et cor. I, 2).

3. *Principio crítico de Democrito.* Aunque Leucipo o el mismo Democrito, no han sido aun conscientes del alcance de su nueva hipótesis, nos representamos sin embargo ya los fundamentos de la ciencia moderna de la naturaleza, especialmente de la física y de la química, cuando el último dice (en Sexto Empírico). «Verdaderamente existen los átomos y el vacío» (ἔτι δὲ ἄτομα καὶ κενόν), o en otra frase: «la nada existe tan realmente como el ser» (οὐδὲν μᾶλλον τὸ ὄν τοῦ μὴ ὄντος εἶναι). El ser de los eleatas es todavía una realidad simple, sensible; son por esto a pesar de sus ataques de la percepción sensible, materialistas ingenuos. Democrito por el contrario — en tanto que podemos formarnos una idea con sus escasos fragmentos — concibe un ser sin materia, considera como verdadero los átomos y el vacío y se acerca así a la concepción moderna de la naturaleza. Aquellos niegan el vacío porque no es compatible con su concepción puramente corporal de la cosas; éste lo explica como una necesidad lógica para la pluralidad y el movimiento, que no puede negarse manera de pensar que está al menos, muy cercana a la de las matemáticas y con la que concuerda la noticia de Sexto Empírico (VIII 6): «los partidarios de Platón y Democrito aceptaban que sólo los objetos de pensamiento (τὰ νοητά) son verdaderos». Esto presta una base a la conjetura de Cohen (1) de que D. ha sido influido por los pitagóricos que admitían como principio de separación el vacío. Los fundamentos racionales de Democrito son como las ideas platónicas hipótesis (ὑποθέσεις) es decir supuestos fundamentales para «sostener» el mundo de los fenómenos; son, expresándonos modernamente, los fundamentos matemáticos de la explicación de la naturaleza.

Con el ser «real» (κυρίως ὄν) a saber los átomos y el vacío, se halla en oposición el ser convencional, es decir mantenido por la opinión corriente (νόμῳ ὄν). Según la opinión existe lo dulce y ácido, calor y frío, color. «En si» existe tan sólo la forma pura (σχῆμα) es decir el átomo; «lo dulce y en general lo perceptible

(1) Cohen, Platon Ideenlehre und Mathematik-Marburg 1879, página 4.

sólo en relación con otro y en otros. Así se reconoce expresamente la relatividad y subjetividad del conocimiento sensible a quien se llama en otro lugar «ilegítimo» «oscuro» y al que «pertenece todo ver, oír, oler, gustar y tocar». En oposición con esto se halla el conocimiento «legítimo» ó «verdadero» (γνησθη) llamado por Sexto Empírico «entendimiento» que comienza donde aquel no llega ya «y alcanza algo más fino»; por desgracia cesa aquí la cita del mencionado autor. A la subjetividad del conocimiento sensible se refieren también sentencias escépticas aisladas como «nada sabemos en verdad», el hombre está lejos de lo que es «en realidad», la verdad yace «oculta en lo profundo». Prueba ya, que Demócrito no ha permanecido en el mero escepticismo, su enemistad bien clara contra el sofista, Protagoras. Sin embargo, concede a la sensibilidad una cierta validez limitada. No niega el fenómeno pero quiere explicarlo racionalmente con los medios del pensar conceptual. En este sentido no es un materialista sensualista sino más bien un idealista crítico; claro que sólo en germen.

4. *Psicología.* Es necesario distinguir la cuestión concerniente a la teoría del conocimiento: ¿en qué clase de conocimiento se ha de hallar la verdad? y la psicología: ¿en qué relación recíproca se hallan espíritu y cuerpo? En esta cuestión piensa Demócrito del mismo modo que todos los filósofos de la naturaleza hasta entonces, defendiendo un punto de vista fisiológico-materialista. Se imagina también el alma como material — de aquí no había pasado tampoco Anaxágoras—pero sin embargo formada de una materia peculiar y determinada matemáticamente. Los átomos que la constituyen, son finos, lisos, redondos y se asemejan a los de fuego; están distribuidos por todo el cuerpo y son aspirados y retenidos en el interior de éste por la respiración. Según D. se producen las percepciones sensibles, lo mismo que en Empédocles, por emanaciones de las cosas (εἰδωλα: «imágenes») que penetran en las aberturas de los órganos, aberturas que sirven para este fin. Todo percibir es meramente un tocar. Nada sabe de la inmortalidad del alma. Tampoco se atribuye esta a los dioses de la creencia popular, en él «daimones» que se revelan al hombre por ensueños y otros fenómenos.

5. *Ética.*

P. Natorp. *Die Ethik des Democritos, Texte und Untersuchungen.* (La ética de Demócrito. Texto e investigaciones). Marburgo 1893. Karl Vorländer, *Democritos etichsen Fragmente ins Deutsche ubertrogen. Ztscher fur Philos un philos. Kritik.* (Fragmentos éticos de Demócrito traducidos al alemán. Revista para Filosofía y crítica filosófica) 1896 (107) pág. 253-272. Véase también Diels. *Fragm. der*

Vorsokratiker (Fragmentos de los presocráticos) pág. 416-459.

Demócrito se ha ocupado más de cuestiones éticas que los filósofos de la naturaleza anteriores a él; se le atribuyen unos 230 fragmentos los más de los cuales es cierto son sólo cortas sentencias éticas; únicamente muy pocos de éstos parecen ser apócrifos. En ella ética no se ha separado de la filosofía teórica; predomina en ella un rasgo (así nos lo parece en contra de Zeller y otros, que como su teoría del conocimiento, no tiene un carácter puramente sensualista o materialista. Demócrito parte, es verdad, del placer y dolor como regulador es de las acciones más próximas, pero como fin último (τέλος) no es válido según él, el placer sensible, (ἡδονή) sino el reposo del ánimo (εὐθυμία) el bienestar (εὐεσιώ), la serenidad (ἀταραξία). Unido con el fundamento psicofísico se acusa clara y precisamente como en su filosofía de la naturaleza, un rasgo racional. No se detiene en la indeterminabilidad del impulso, sino que se eleva a la idea de un bien y una verdad común a todos los hombres que expresamente se distingue de lo agradable (fragmento 6 de la numeración de Natorp). El placer no debe dirigirse a lo percedero, el impulso sensible debe doblarse bajo la determinación de la norma y la ley, como el mar tempestuoso se calma cuando el viento cesa. La moral está en la conciencia, su criterio es el conocimiento (φρόνησις). De este modo de pensar elevado y noble surgen sus reflexiones éticas que se refieren, filosóficamente, al conocimiento que existe en el alma, a la relación del alma y el cuerpo, a la moral de la intención, moderación de las pasiones y apetitos, y gobierno de la razón para aplicarse después a todos los aspectos de la vida pública y privada, pobreza, riqueza, palabra, hecho, formación, educación, edad, sexo, amistad, matrimonio y sociedad. No podemos renunciar a transcribir al menos una relación, de esta serie de pensamientos elevados.

«Miseria y felicidad se hallan en el alma (9). El bien no consiste en no hacer lo injusto sino en ni aun desear lo injusto (38). Aunque estés solo no hagas ni digas nada censurable; aprende más bien a avergonzarte más ante ti que ante los otros (42). Quien comete injusticia es más desgraciado que el que la sufre (48). No es solo viril el que vence a su enemigo sino también el que es dueño de sus apetitos (63). El viajar enseña sobriedad en la vida; pues pan seco y un saco de paja son la más dulce medicina para el hambre y la fatiga (66). Destiérrese el dolor sin límites de alma desgarrada mediante la razón (89). Es propio del hombre libre la franqueza, pero es difícil la elección del momento preciso (111). Un ánimo valeroso hace menores las contrariedades del destino (127). El día naciente comienza con pensamientos alegres (129). Se debe tener

por lo más importante de todo un buen gobierno (134). Para el sabio está toda la tierra abierta, pues la patria de un alma noble es el mundo entero (168).»

«El saber es para el feliz un adorno, para el desgraciado un lugar de refugio (183). Debe aspirarse a una gran inteligencia de las cosas, no a una gran erudición (191). La amistad de un inteligente vale más que la de todos los locos (211). Es noble sufrir las faltas de los otros con dulzura (218). Se deben aceptar beneficios tan solo cuando espera poder dar por ellos una recompensa mejor (228). Es irracional no someterse a lo inevitable (91).»

Que esta ética elevada y pura no estaba acompañada de esperanza alguna de inmortalidad o de temores basados en esta lo prueba el fragmento 92: «algunos hombres que ignoran la descomposición de la naturaleza mortal, y son conscientes de sus maldades, pasan su vida entre tribulaciones y terrores pues se imaginan fantásticamente mentiras acerca del tiempo que vendrá después de la muerte». Para el estado exige un orden legal riguroso, pero parece sin embargo haberse interesado menos por él.

Democrito no parece haber tenido discípulos importantes. Metrodoro de Chios y Anaxarcos, llamados «democritianos», son para nosotros poco más que unos meros nombres. Aristóteles en la polémica en contra suya y Epicuro y los escépticos amistosamente, se ponen en contacto con su filosofía. En conjunto, sin embargo, el tiempo se mostró aun no estar maduro para su principio de una explicación mecánica de la Naturaleza que fué suplantado por los sistemas teológicos y solo pudo renacer dos milenios más tarde en los fundadores de la ciencia moderna de la naturaleza.

Todo lo alcanzado para siempre por las ideas filosóficas en el período tratado, se logró casi exclusivamente en el estudio de la naturaleza. Hacia mediados del siglo V tuvo lugar, en relación con el desarrollo histórico total, un cambio decidido del interés filosófico, pasando de la naturaleza al hombre. Llegamos con esto al segundo período de la Filosofía griega predominantemente antropológico.
